

« El rey David »

Salmo sinfónico de Honegger

El continuo agitarse en el presente de nuestra pequeña vida, torturándose por alambicar la trama del « yo » que pretendemos concretar; nuestra concentración en el núcleo que fingimos ver más luminoso debido a su proximidad; todo este aletear sin desplazarse afecta, por su misma presión, la esfera estética, velando muchas obras de arte con cierta desesperanza o toque pesimista que traduce nuestra carencia de fuerzas para capturar el ideal en abstracto. Por antítesis, cuando espaciamos la mirada hacia lejanas civilizaciones evocando con la sugestión del arte la gesta secular, una marejada en ascenso aproxima nuestro espíritu, en el tiempo, al misterio de lo que, desdibujado por la bruma del olvido, sólo estaba consagrado como grande por la historia legendaria, tornándolo viviente nuestra simpatía y comprensión. De tal encuentro de dos eras distanciadas y debido en mucho al pensamiento inicial de impulso generoso, elévase una llama renovadora: ya no somos un eslabón más en la cadena humana, nuestro ser agigantado por la milagrosa proyección estética vive la síntesis de todos los ascendientes, es una llama que temple las obras originales donde alienta el pasado y enriquece los ritmos de nuestra sensibilidad con los de su proveniencia.

Así el Salmo sinfónico de Honegger, inspirado en el drama de René Morax, sonoriza la resurrección lírica de un episodio de la

Biblia; se nos aparece como un sueño de vida plena en que el Hacedor no se decide al abandono completo, a una existencia independiente, de la criatura que su pensamiento de amor infinito ha originado; allí Jehová no simboliza lo ignoto que mora en el empíreo, su verbo se hace inteligible al identificarse con el humano, para instruir sobre sus designos a los elegidos a quienes guía, ordena, reprocha, anatematiza, pero frecuentemente, reconciliándose con el agraviador, también perdona; en fin, es el motor del drama terrenal; en todas las vicisitudes los hijos de Israel pronuncian su nombre como esperanza suprema, único refugio y descanso eterno.

En *El rey David* contribuye a dar un aspecto original su disposición arquitectónica que organiza las ideas líricas en rasgos individuales y nítidos; sin diluir su esencia primitiva, nos trae el episodio del Pastor-Rey; en 27 cuadritos agrupados en tres divisiones, la concisión de las frases breves penetra el espíritu de los versículos bíblicos y a veces una adopción literal del texto sagrado subraya aún más intensamente el tono emotivo de un pasaje. Las repetidas incisiones no violentan la armonía general de la obra; pues en esos intervalos el recitante, con movimiento progresivo de narración, va anticipando lo que actualizan los elementos líricos, a manera de espíritu lógico, que desde un plano superior domina y liga en la duración el drama con los jalones que aportan esas distintas simultaneidades.

La reminiscencia oriental y arcaica se nos transfigura en el colorido que acentúa el metal solista, la percusión y la importancia del arpa que evoca, como en una conseja, al pastor de Jessé tocando ese instrumento para alejar los malos espíritus que torturaban a Saúl.

Uno de los rasgos más personales de Arturo Honegger aquí, como en anteriores obras, es el vigor y la variedad rítmica que parece imprimir una huella casi material de lo que intrínsecamente estilizan, así graban en el desenvolvimiento de esta obra sentimientos ingenuos, conmovidos, marciales, angustiosos, de grandeza, etc.; pero ante todo el drama de David, el ungido del Eterno, es épico y tal carácter especialmente los ritmos han de revelar.

Ya que en música el espectador no puede aprehender la visión integral de una obra, a semejanza del arte plástico, trataremos de imaginar los ecos de sus armonías dibujando la estela acústica de su ejecución.

Para familiarizarnos con un determinado ambiente basta la serenidad de las palabras iniciales que nos cautivan con el misterio de la profecía :

« Era en el tiempo que Jehová hablaba a su pueblo de Israel por la boca de los profetas. »

Estamos, pues, en el Oriente de las revelaciones divinas ; domina Saúl, elegido por Dios a través del vidente Samuel y sus ejércitos, apoyados en la gracia de Jehová, luchan contra los filisteos. Pero el espíritu del Eterno, desviándose de Saúl, encuentra a su nuevo elegido en David, pastor de Jessé, cuyo brazo será fuerte en la guerra ; luego de vencer a los filisteos y teniendo de su parte el corazón del pueblo, será exaltado el trono de Israel ; seguirá su drama, al compás de superiores designios, intensificado por el amor, la gloria y el dolor ; al declinar su vida presenciará en el templo la coronación de Salomón, el hijo amado.

1. Violoncelos y timbales imprimen el ritmo guerrero, acentuado por los fagotes ; en la primera frase melódica, el óboe ya señala un dibujo de escala oriental. Se anuncia la poesía, fuerza primitiva y personalidad de un cuadro exótico.

2. El pastor David canta apacentando el rebaño. Es una página de gran sencillez emotiva, en que la sonoridad grave y cálida de contralto expresa la confianza que el jovenzuelo tiene en su Dios :

*L'Éternel est mon berger
Je ne suis que son agneau.
Conduis moi par les sentiers
au vallón des fraîches eaux.*

♪ ♪ ♫ ♫ ♫ ♫ ♫ ♫ ♫ ♫

Domina la melodía de sabor popular, que cantan los violines, formando un liviano contrapunto entre sí, un tanto insistente, de acuerdo con la fijeza de un sentimiento arraigado.

3. «Alabado sea el Señor», salmo rítmico, regocijo marcial de quien contempla bendecidas sus empresas. Con una escala ascendente las trompetas solas, como toque de diana, introducen el coro unísono.

4-5. David regresa de la batalla cubierto de gloria. El batir de timbales y un acorde enérgico de cuernos anticipa la entrada del coro que, con oportuna brevedad, encierra una máxima expresión rítmica, sin sostén orquestal:

*Vive David, vainqueur des Philistins.
L'Éternel l'a choisi,
L'Éternel le soutient.*

Las mujeres claman aquella frase que había de recrudecer la emulación del viejo rey, así relegado por su pueblo:

*Saül tua ses mille
et David ses dix mille.*

6. Salmo de David, muy melódico y envuelto en las armonías de arpa, cuerda y fagote. La voz del tenor henchida de paz, al cantar su fe en la bondad del Eterno imita un trinar de pájaro en:

Comme fuit l'oiseau vers la montagne

y se asombrece cuando alude a la inquina de Saúl:

Car dans l'ombre il a tiré sur l'innocent au cœur droit.

La tragedia del rey se presiente en las palabras del recitante:

Saúl es viejo, David es joven; tiene a su favor el corazón del pueblo.

David ha huído cerca de los Profetas, esquivando el dardo que lo acecha, más el corazón juvenil sufre al despedirse por siempre de Jonatham a quien amaba como a un hermano.

7. Tonalidad de dulce nostalgia fluye de este salmo que empieza como un batir de alas del que se libera de grave opresión, pero luego siente la soledad, sus desventuras y la falta de refugio.

8. El coro de videntes que profetizan, impresiona hondamente por su carácter nebuloso y lúgubre, acentuado por el registro de las voces masculinas y el sonido indefinido del tam-tam al ser suavemente rozado; en la pausa del coro graves sonoridades de clarinetes y fagotes dan una insuperable tristeza.

9. David implora piedad al Señor en el desamparo del desierto. Hacia el final del salmo los violines insinúan un tema de alchaya que en números posteriores adquiere gran desarrollo.

10. Descripción artística del campo de Saúl. Su ambiente grave y rumoroso primero, muy tranquilo después, parece prolongar las últimas palabras del recitante: ... « Todos dormían, porque Dios había hecho descender sobre ellos un profundo letargo. » La trompeta destaca una melodía guerrera pero de expresión suave, a la que contesta el corno, lejano eco. Esta página orquestal tiene realmente el ensueño de una madrugada en un cuadro bucólico.

11. Con David se ausenta de Israel la gracia de Jehová y el pueblo vanamente llama en su auxilio al Señor de los ejércitos. Domina en el coro de estilo sencillo la convicción mística, absoluta. Al decir:

*Quand les méchants en grand nombre
s'avancent pour dévorer ma chair...*

los tenores responden a los bajos en forma de fuga: se agregan las voces femeninas y todos prosiguen con ímpetu hasta el final.

12. El recitante aquí se transforma en actor de la obra que narra; es la pitonisa que obedeciendo la orden del rey enmascarado, arranca con su magia la sombra de Samuel del mundo de ultratumba, para instarlo a esclarecer el entendimiento de su primer ungido. Consecutivamente la orquesta va acelerando y acrecentando un movimiento que se distingue por la línea tortuosa de cromatismos y trinos. Los acentos esforzados de la encantadora surgen de la masa orquestal hasta culminar en la realización suprasensible de su poder mágico: aparece el espíritu del vidente Samuel.

13. David se ha pasado a los filisteos; en el monte de Guilboa

son derrotados los ejércitos de Saúl, quien muere con sus hijos; el esplendor de su ciudad se extingue. Gran vigor, amplio sonido de metal y acentuación muy marcada caracterizan la marcha de los filisteos triunfantes.

14. Sin embargo David comparte el duelo de Israel y llora la muerte de Saúl y Jonathan

15. Las « Lamentaciones de Guilboa » tienen inspiración oriental muy visible; empiezan con una alternancia de soprano y contralto; de la orquesta surge un acorde repetido en ritmo nervioso; a esta lamentación individual se agrega el coro de las mujeres de Guilboa, al que reviste con tristeza de llanto el efecto muy especial de flauta en trémolos; los tonos plañideros se suceden como queja infinita; por un momento parecen querer sublevarse pero en seguida se quebrantan con « ¡Pleurez, Saül! »; vuelven al movimiento primitivo, pero en vez de consecutivos aparecen aquí superpuestos y en forma imitativa; como agotados van perdiéndose; queda una sola voz que termina la frase y subraya el *decrecendo*.

La segunda parte, « Canto de fiesta » y « Danza delante del Arca », comprende la exaltación de David rey que llega a su ciudad bendita, y el júbilo del pueblo que lo celebra :

16. Se oye una festiva y popular melodía acompañada de flauta; luego el coro de mujeres va marcando un ritmo de sardana sostenido ligeramente por celesta y arpa; a intervalos sobresale, como claridad de montaña, esa canción aguda y tenue.

17. « Ven a nosotros, Jehová ». La trama orquestal es liviana, y de los instrumentos de viento-madera se destacan las melodías; gradualmente el ritmo adquiere más dinamismo con la frase repetida « *Jehova, viens à nous* » y el colorido se vuelve más intenso hasta la entrada de las voces masculinas, de carácter marcial; en contraste, el coro de mujeres hace la misma invocación según el acento bailable del número anterior; la sonoridad general va aumentando, y cuando arriba al *fuerte*, cambia bruscamente y se oscurece al decir: « *Tous les peuples m'ont attaqué* ». La reiterada imploración, frase sintética del anhelo común, parece agotar los ánimos y se trueca en breve plegaria. Después de un gran desarrollo orquestal,

las vibrantes invocaciones se interrumpen a la voz del ángel quien dice la profecía:

*David, ce n'est pas toi le roi qui bâtitra cette maison
Mais il naîtra un fils de toi qui régnera sur les nations.*

La « Danza delante del Arca » finaliza con un aleluya solemne, tranquilo y de gran vuelo melódico; las voces se contestan y superponen formando hermoso contrapunto.

Tercera parte. El júbilo de la profecía angélica repercute en un coro de ritmo sencillo.

Se dobla la página del drama del poderoso David, ahora le corresponde su parte de dolor responsable ya que « el pecado ha entrado en su corazón, porque ha visto desde su terrado florecer en el jardín de las granadas la belleza sin falta de Betsabé, mujer de Uría ».

18. La sierva entona dulce melodía que alterna con un expresivo solo de viola y luego de corno inglés.

19. « Salmo de penitencia. » Las voces elevanse en impetraciones de misericordia, las cuales, junto con acordes metálicos de ritmo pesado e isócrono, sumergen en el desaliento de una pena infinita.

20. Este salmo se inicia con misteriosa sonoridad, como sentimiento vago de génesis; las voces graves y concentradas se cambian en agudas y livianas para expresar esa aspiración a la pureza y vuelven a concentrarse en *J'ai péché*. Termina en un vigoroso canon de misericordia.

21. Ante la visión de los desastres con que Jehová castiga su pecado en los suyos, David vuelve al desierto.

22. La canción de Ephraim, parece traer rumores y perfumes de floresta.

23. « Marcha de los hebreos »; en ella domina el vigor y ritmo marcial. El viejo rey se apoya en los fuertes soldados de Israel: « Desde este día sois mis huesos y mi carne. »

24. Hermosa plegaria del pueblo, con marcado orientalismo; se destaca un contracanto en la orquesta y vuelve luego la faz primitiva de oración.

«El ángel de la muerte hiere a Jerusalem con su espada de fuego.»

25. Es una página de febril expectación: la no coincidencia del ritmo cortante de la orquesta con el no menos incisivo del coro, produce la sugestión terrorífica, por su inestabilidad, de las tres plagas predichas a Israel.

26-27. Una brillante polifonía orquestal encarna toda la grandiosidad del coronamiento de Salomón por Natan y la muerte de David. La melodía espontánea de la soprano anuncia la promesa de un Redentor, melodía que con mayor amplitud y serenidad magnifica el coro, mientras voces masculinas insinúan primero tímidamente el Aleluya que luego triunfa en una plétora arrebatadora de voces e instrumentos, en la apoteosis del drama bíblico.

David muere, más su grandeza, que recibe el hijo de Betsabé, no se extinguirá en el polvo; de su casa ha de surgir el Justo «que reinará sobre las naciones».

MARÍA CAMPANY.

Septiembre de 1925.